

Resumen

Capítulos I a VI

El 17 de Marzo de 1813, es decir dos días antes de la fiesta de San José, salen del Palacio Real muchos coches que por la Puerta de San Vicente se encaminan hacia Puerta de Hierro.



Los madrileños que ven la caravana y observan que entre los que parten se encuentra el rey José I, se preguntan si irá al Pardo o más lejos.

Un joven que lleva uniforme de la guardia española creada por el rey José Bonaparte, les aclara que los coches, y el rey con ellos, se dirigen a Valladolid. El joven se llama Salvador Monsalud, y es sobrino del masón al que Gabriel Araceli libró en Babilafuente de recibir una tanda de palos que hubiera sido mortal.

Tenía Salvador un amigo, Juan Bragas, oriundo como él de Pipaón, una aldea alavesa. Le cuenta que está contento porque sale con los franceses camino del Norte, y podrá ver a su madre, y a Genara, su amor. Bragas le contesta escéptico y Salvador responde:

-Juan Bragas, tú crees que el amor viene a ser algo semejante a un plato de estofado.

-Ni más ni menos... Y no te acuerdes más de la Genara, que se va a casar con Carlos, el hijo de D. Fernando Garrote, que tiene más dinero que pesáis tú y Genara juntos.

Luego entran los dos amigos por la Cava baja y el uniforme odiado de Salvador hace que sea acosado por hombres, mujeres y niños. Cuando quieren involucrar en el altercado a Juan, éste dice:

-Yo no conozco a ese hombre.

Por fin es Andrés Monsalud el que consigue rescatar a su sobrino y a Bragas.

En la tertulia que tiene lugar en la casa de Andrés se encuentran diversos personajes, entre ellos don Mauro Requejo y doña Ambrosia de los Linos con sus hijas, la casada y la soltera.

Intentan que Salvador se quite el uniforme y se esconda en la casa, pero éste se niega y se marcha. Ante la queja a su amigo Bragas de no haber intentado retenerle, éste responde:

-¿Amigo? No tanto. Conocido y nada más...

Al día siguiente sale Salvador de Madrid con los franceses. La impedimenta era enorme ya que la orden había sido cargar con “cuanto pudiese ser transportado”; según Galdós esta última circunstancia salvó las piedras del edificio del Escorial.

En Valladolid se unen al grueso del ejército de José Bonaparte y el 19 de Junio están en la Puebla de Arganzón.

Capítulos VII a XII

Un joven sargento francés camina por las calles de la Puebla, cuando una mujer al verle dice:

-¿No es esa la cara de Salvador Monsalud, el hijo de la señora Fermina la de Pipaón?

El joven llega a una casa humilde y entra. Doña Fermina corre hacia su hijo, pero al tocarle lanza una exclamación de espanto y apenas pronuncia:

-¡Hijo mío... Francés!

Cuando vuelve en sí de su desmayo, Monsalud pregunta:

-¿Qué delito he cometido? ¿Qué habré yo hecho para que Vd. se desmaye, madre, cuando me ve?

-¿Qué has hecho? -repitió la madre-. ¡Te has pasado a los franceses, estás tocado de herejía, y contaminada yo también por haberte parido!

Conocemos a don Aparicio Respaldiza, cura de la Puebla de Arganzón que insta a Salvador a que se quite el uniforme, pero sólo consigue que el joven, antes de marcharse, se comprometa a pensarlo.

Cuando, hacía 2 años, Fermina y su hijo se trasladaron de Pipaón a La Puebla, Salvador se había enamorado de Genara, una bella moza de la villa. Al encontrarse con ella por la noche, Genara, que no puede verle, le pregunta si es cierto que viste el uniforme francés, y él responde que es mentira.

Entra en escena Carlos Garrote y al ver al fin Genara el uniforme de Salvador, llena de odio le grita a aquel:

-¡Carlos, mátales, mátales!

A los gritos sale gente dispuesta a matar a Monsalud, pero Carlos le protege y le lleva de allí. En otro lugar y cuando los dos han sacado sus navajas les interrumpen los franceses. Es el turno de Salvador de defender a Carlos, que se marcha por una calleja.

Más tarde Salvador anuncia a su madre que será afrancesado hasta la muerte, y se despidió diciendo que escribirá desde Francia.

Capítulos XIII a XVIII

Don Fernando Garrote, padre de Carlos, se entera de que Salvador lleva el uniforme francés. Como se presume que el chico es hijo suyo, don Fernando exclama:

-¡Que es hijo mío! No, ese muchacho no tiene mi sangre... Es mentira, ¡viven los cielos!

Don Fernando y el cura Respaldiza salen de la Puebla con la partida de guerrilleros encabezada por Carlos Garrote.

Don Fernando le pregunta al cura si no se le olvida nada: las balas, las lonjas de jamón, el chocolate... Luego le habla de su conciencia, un poco preocupada por los galanteos de doncellas y casadas habidos en su juventud... y en su madurez. La charla hace que se pierdan y acaben en manos de un pelotón de afrancesados.



Los dos son encerrados en Aríñez bajo la custodia de Monsalud. Don Fernando critica el comportamiento afrancesado de Salvador y, finalmente le pregunta su nombre:

-Salvador Monsalud -responde éste.

Capítulos XIX a XXIII

Después de una escena cruel en la que presenciamos la muerte del cura, Salvador acude a la celda de don Fernando Garrote. Éste le confiesa que es hijo suyo, pero Monsalud no le cree.

Luego Salvador le da una de sus pistolas a Garrote como medio de evitar la ignominia de otro bárbaro martirio.

El convoy con el que viajaba Monsalud ocupaba todo el camino real, desde las últimas casas de Aríñez hasta Gomecha. En las cercanías de Vitoria los carros se detienen definitivamente.

Presencian la huida a caballo de José Bonaparte.

Ante la llegada inminente de los guerrilleros, Salvador, ayudado por Pepita, la esposa de un oidor que viajaba en la caravana, se despoja de su uniforme.

Capítulos XXIV a XXVIII

Los vencedores, ingleses y españoles, caen sobre el botín más magnífico, el más grande sin duda que en batalla alguna pudo quedar a merced del furioso ganador.

Pepita pide agua a unas mujeres alavesas:

-Por una casualidad nos hemos encontrado mi marido, mi hermano y yo en este funesto lance, porque ninguno de los tres somos afrancesados. Españoles rancios somos los tres; íbamos a Francia, adonde mi marido llevaba una comunicación secreta para el rey Fernando y quiso nuestra infeliz suerte que nos juntásemos aquí con el malhadado convoy...

Las mujeres se compadecen y le dan el agua, y unas cortezas de pan, y unas sardinas rancias...

También se encuentran en la zona Genara y su abuelo, a los que se junta Carlos Garrote. Y Pepita se acerca también a ellos, pidiendo por compasión algún alimento. El abuelo indica a Genara que ayude a la oidora a llevar unos restos de comida, y pide a Carlos que las acompañe.

Garrote se queda atrás y oye a Genara gritar:

-¡Carlos, ayúdame!

Garrote reconoce a Monsalud y reacciona con indiferencia, marchándose con Genara hasta entregarla a su abuelo que la espera para volver a la ciudad.

Luego ofrece a Salvador alimento con el que restaurar su cuerpo vacío y, por fin, los dos se batían en duelo.